

200 AÑOS DE CANTE

HOJA DEL

LUNES de MALAGA

(CUARTA PARTE)

6-6-77

5.—CORRIDO, CORRIDA O ROMANCE

Y antes de las tonás, ¿qué? Pues ya lo he dicho: danzas, aires, canciones populares. Y romances. Desde el siglo XV, cuando los gitanos llegan a España, la popularidad del romancero en el país es enorme.

Naturalmente que los gitanos incorporaron inmediatamente los romances, de resonancias tan castellanas, tan españolas —Garineldo, Conde Olinos, Bernardo del Carpio, Durante, Conde Sol...—, a sus repertorios. Ya Cervantes decía de «Preciosa» que cantaba romances «con especial donaire» y al estilo correntío, y Lope de Vega alude igualmente, y en más de una ocasión, a la costumbre gitana de convertir la poesía romancesca española en «corridos», precisamente porque se cantaba en forma corrida y ligada, siendo su extensión considerable.

De estos romances salió un estilo flamenco muy peculiar: el corrido, corrida o romance gitano, que de todas estas maneras se llama. La transición es perfecta, y aún en el actual cante flamenco —con interpolaciones de bulo, a veces incomprensibles, y alteraciones debidas a la transmisión oral— las resonancias del romancero son perfectamente claras y de efecto encantador. Es el único estilo flamenco que no utiliza coplas sueltas, sino una larga tirada de ellas.

Considero que el romance, ya aflamenco, ya «gitano», puede ser anterior a la toná. Seguramente se cantaba al principio también sin acompañamiento musical, y Caballero Bonald no vacila en incluirlo en el grupo de las tonás madres. Creo, pues, que el agitanamiento del romance castellano pudo ser el eslabón-puente entre la música popular y el cante flamenco, marcando una transición mucho más lógica y explicable que la ruptura total que supondría pasar del folklore regional andaluz a las tremendas y terriblemente jondas tonás.

A mediados del siglo XIX Estébanez Calderón oyó cantar al Planeta en una fiesta de Triana el Romance del Conde Sol, ya acompañado por instrumentos musicales —«la vihuela y dos bandolines»— y en trance de desaparición, según su apreciación personal: «La música con que se cantan estos romances es un recuerdo morisco todavía. Solo en muy pocos pueblos de la Serranía de Ronda o de Sierra

de Medina y Jerez es donde se conserva esta tradición árabe, que se va extinguiendo poco a poco, y desaparecerá para siempre».

Efectivamente, las menciones del romance gitano son muy esporádicas en la historia del cante flamenco. En la primera mitad del siglo XIX se cita como intérpretes habituales, además del Planeta, al Ciego de la Peña y al Tío Rivas. Después hay una larguísima etapa de silencio, y ya en nuestro siglo aparece cantándolos el gaditano José Chiclanita. Últimamente han sido reelaborados por Antonio Mairena, único maestro actual que los canta, que sepamos, excepto una versión grabada por José Reyes en el «Archivo del Cante Flamenco». Musicalmente, después de la primitiva etapa en que es lícito integrarlo en el grupo de las tonas, son apreciables contactos con la alboreá y la soleá. Caballero Bonald cree también que la giliána y la nana moruna, hoy desaparecidas, eran formas tributarias de los romances, y estos, a su vez, de las tonás, aunque probablemente las precedieron en el tiempo, como anunciándolas.

NOTAS

(7) El texto de Machado dice: «Estos cantes, tabernarios en su origen y cuando, a nuestro juicio, estaban en su auge y apogeo (sic), se han convertido hoy en motivo de espectáculos públicos. Los cafés, últimos baluartes de esta afición, hoy, a nuestro juicio, contra lo que se cree, en decadencia, acabarán por completo con los cantes jitanos (sic), los que andaluzándose, si cabe esta palabra, o haciéndose gachonales como dicen los gachonales de profesión, irán perdiendo poco a poco su primitivo carácter y originalidad y se convertirán en un género mixto, al que se seguirá dando el nombre de flamenco, como sinónimo de gitano (sic), pero que será en el fondo una mezcla confusa de elementos muy heterogéneos...»

(Gachonal = no gitano).

(8) Ya Molina y Mairena enunciaron este matrimonio de andalucismo y gitanismo cuando escribieron: «Los gitanos no trajeron el cante consigo porque en ese caso quedarían rastros itinerantes. Tampoco lo encontraron porque entonces quedarían reliquias. Ni creemos surgiera casualmente, porque, aunque no rechazamos la posibilidad de un relativo azar, los hechos de la cultura, incluso en casos tan excelsos como el del pensamiento griego, se traducen siempre por integra-

ción, al menos en su base. El cante, ya lo hemos dicho al principio, es fruto de la integración de varios elementos. Pues bien, el medio en el que tal integración se consumó fueron los gitanos bajo-andaluces. Así el término «crear» no debe asustar a nadie, ni alarmar el acendrado patriotismo andaluz, porque no excluye, ni mucho menos, la participación indígena de Andalucía. Los gitanos crean o forjan el cante primitivo; son los agentes creadores. Pero lo forjan con metales en su mayoría andaluces. Eso explica el fenómeno de que solo los bajo-andaluces, y no los gitanos de otras regiones españolas o del mundo, sean sus cultivadores y depositarios fieles. Véase el cuidado que los autores ponen en dejar a salvo la participación indígena de Andalucía, siendo ellos andaluces los dos, si bien Mairena sea también gitano. Y es que este tema de la oposición andalucismo-gitanismo en el cante es uno de los más vidriosos que en el flamenco se presentan y que suscita siempre enormes suspicacias.

(9) Son muchos los especialistas que ponen de relieve la importancia del factor gitano en el cante: «La pureza del arte flamenco estuvo siempre en función de la pureza racial gitana. Los cantes flamencos puros (siguiriyas, tonás, bulerís, tangos, soleares) son gitanos de origen, o más correctamente gitanos-andaluces, pues son patrimonio de la comunidad calé dispersa por las provincias de Sevilla y Cádiz. Ellos los crearon y ellos los oficiaron... El cante en sus manifestaciones más primitivas y típicas es un arte extraordinariamente sensible (Ricardo Molina). «El gitano andaluz, su peculiar y agitado mundo, constituyen la médula del flamenco serio y ya pueden obstinarse en demostrar otra cosa los artistas payos que, empeñados por conveniencia en que no es así, tratan de sustituir con gesticulaciones, minucias y acaloramientos su falta de argumentos fehacientes... Discutir la preeminencia del gitanismo en el flamenco y en su desarrollo, sería como discutir la existencia del flamenco mismo». (Fernando Quiñones).

(10) Molina y Mairena: «En su propio ambiente, el romance gitano nunca llevó acompañamiento. Cantóse (y aún pervive la costumbre) en las bodas calés, en las que hasta hace muy poco no entraron las guitarras. Fue el romance gitano un cante hogareño rara vez exhibido en fiestas y cafés...»